
PIRINEISMO NAVARRO

COSTUMBRES PATRIARCALES

EL TRIBUTO DE LAS TRES VACAS

ALGO DE HISTORIA

La historia de este tributo ha sido interpretada de muy diferentes modos, sobre todo por parte de los franceses; y viendo el valle del Roncal las discusiones de algunos historiadores españoles y franceses, decidió revisar los documentos relacionados al asunto, que existen en su archivo general. En efecto: vió que había algunos borradores muy antiguos, de los cuales sacó el escribano real D. Juan Martín Hualde, una historia del tributo, incluida en un libro titulado «Val del Roncal», en el que se narraban varios pasajes antiguos de la historia roncalesa. Además se encontró en el archivo y en el libro denominado «Hernaz» una sentencia dictada por un tribunal árbitro.

En el libro «Val del Roncal», capítulos XX y XXII, explica el primitivo origen del tributo, atribuyéndolo a la invasión cimbria del año 628 de la fundación de Roma y 1292 del Diluvio, o sea unos 125 años antes de Jesucristo.

Primitivo origen.—Los cimbrios, pueblos bárbaros del norte de Alemania, invadían España, unidos a los habitantes del valle Baretons y pasaban por los puertos de Isaba. Cruzaron el valle de norte a sur, matando mucha gente y arrasando por medio del fuego todas sus casas y viviendas, hasta que, reuniéndose un regular número de españoles, atacaron a la bárbara expedición hasta derrotarles y hacerles volver por el mismo camino que trajeron para entrar en España.

Desde entonces los roncaleses quedaron muy indignados contra sus vecinos los baretoneses, por lo cual se acentuaron los odios y se terminó por romper implacable guerra, hasta que los franceses ofrecieron dar al valle del Roncal, para que terminase la guerra, un tributo perpetuo de dos caballos con las patas blancas y mancha blanca también en la frente, a lo que accedieron los roncaleses después de imponerles esta última condición, para que les fuera difícil el conseguirlo.

También pusieron como condición se celebrase una ceremonia humillante para los franceses, y que luego se detalla.

Muy difícil resultaba para los franceses el buscar los caballos para el tributo, por lo cual, sin que se sepa cuándo ni cómo, cambiaron el antiguo tributo de los dos caballos por el de tres vacas sanas y fuertes de dos años.

Nueva guerra.—Hacia el año 1373 había dejado de pagarse el tributo por causas que se desconocen. En el alto del puerto, donde está la línea divisoria de España y Francia, hay una fuente en tierra de Isaba, donde acuden a dar agua a los ganados. Habiendo llegado a un mismo tiempo con sus reses Pedro Carrica vecino de Isaba y Pierre de Sansoler, baretonés, armaron entre ambos competencia sobre quién había de abreviar primero, y pasando de las palabras al obrar de manos, Pedro Carrica mató a Pierre de Sansoler. Considerando el matador que luego vendrían sobre él, se ausentó con sus ganados a otra parte, más en cuanto llegó la noticia al valle de Baretons, se juntaron los alcaldes y jurados en el lugar de Aramitz; presentóse ante ellos el padre del difunto Sansoler, demandando satisfacción y alegando que la muerte de su hijo no reconocía otra causa que el no pagar el valle de Baretons el tributo de las tres vacas; en vista de lo cual, y sin mas indicaciones, tomó por su cuenta el valle el vengar aquella muerte y el reivindicar las aguas de la fuente, a cuyo efecto nombraron por capitán a Anginar Sansoler, primo del muerto, hombre acaudalado y animoso. Aceptó el empeño, reunió gente, salió al puerto en busca de Pedro Carrica, y no encontrándole, bajó con los suyos al término de Belagoa, donde estaba Antonia Garde, su mujer, escardando en una heredad; y habiendo preguntado dónde estaba su marido, respondió que estaría en el alto del puerto con el ganado. Entonces, con increíble inhumanidad, mataron a la Antonia Garde, sin que bastaran para salvarla los clamores de su inocencia y el hallarse en días de parto; y no sólo la mataron, sino que la abrieron el vientre, le sacaron la criatura, y haciendo cordel con los intestinos de la madre, colgaron al hijo de lo alto de una haya, y consumada su crueldad se volvieron a su valle de Baretons.

Al saber los roncaleses lo ocurrido, prorrumpieron en gritos de venganza, trocándose en odio de muerte el resentimiento que ya tenían por no pagarles los baretoneses el tributo. Todos se quejaban de la ferocidad de sus vecinos, sobre todo en Isaba, donde Pedro Carrica reunió a sus parientes y amigos y se dirigió a Francia para vengar la muerte de su mujer e hijo.

Salió de la venta de Arrako, donde aguardó a que se hiciera de noche. Prosiguieron el camino hasta el puerto llamado de Hernaz; y cuando calcularon que los de Sansoler estarían cenando, se presentaron delante de la casa donde resonaba la alegre algazara del convite, rompen la puerta con una viga, penetran dentro tumultuosamente, capitaneando la cuadrilla el propio Pedro Carrica, el cual sin embargo de ser el principal injuriado, se encara con la mujer de Anginar de Sansoler y le dice: «Aunque pudiera matarte como tu marido mató a mi mujer, no quiero hacerlo; quiero dejaros con vida a tí y a tu criatura y a otro que elijas para cuidar de vosotros». Señaló la mujer a un hermano suyo y dejó matar a su marido.

Habíanse apoderado los roncaleses de la puerta principal para que nadie saliese de la casa, pero tuvo la suerte de escaparse una criada por una ventana, y dió aviso en el pueblo de Areta de lo que pasaba.

Situáronse los franceses por un sitio por donde tenían que pasar los roncaleses, y allí, a medida que iban pasando, fueron degollándolos hasta veinticinco, y no acabaron con todos, de temor que después vinieran todos los roncaleses contra ellos. Por estas muertes se siguió implacable guerra entre los dos valles, aunque del Roncal, sólo tomaron parte las villas de Isaba, Ustarroz, Garde y Urzainqui. Cuando los respectivos soberanos Carlos II de Navarra y Don Gaston príncipe de Bearne, tuvieron noticia

de tan deplorable rompimiento, despacharon órdenes para que los enemistados y ya sañudos contendientes remitiesen sus agravios respectivos al conocimiento de los tribunales. El de Bearne fué el primero en escribir al rey de Navarra, haciéndole presente que sus vasallos eran oprimidos por los roncaleses, y el de Navarra le contestó que se hallaba noticioso de lo ocurrido, que había comunicado el caso al Concejo Real, a los Obispos y Grandes, y todos estaban en la persuasión de que los baretoneses eran los causantes de los daños. La juventud de una y otra parte hizo demostraciones belicosas, y en efecto, en lo alto del puerto de Hernaz (1.875 metros), o de las Arras, hubo batalla campal, y así en ella, como en otros encuentros que tuvieron, llegaron a morir hasta cincuenta y tres roncaleses y doscientos baretoneses. Hiciéronse tentativas de acomodamiento, todas infructuosas, conferenciaron los Príncipes, eligiendo para ello, como tierra neutral, la villa de Ansó, del reino de Aragón; intervinieron como mediadores cuatro obispos, el de Bayona y Olorón por los baretoneses y los de Pamplona y Jaca por los roncaleses; a cada proyecto de pacificación seguía un recrudecimiento de odios y nuevas y sangrientas batallas. En una de éstas se presentó capitaneando a los franceses un agote con cuatro orejas, hombre feroz y muy experto en el manejo de las armas, a quién mató, atravesándole el cuerpo de una lanzada, un membrudo roncalés, llamado Lucas López, de Garde, lo cual produjo entre los baretoneses el pánico y dió la victoria a los navarros.

Fué la batalla en Aguincea, en lo alto del puerto, como casi todas, y allí existen todavía las piedras que por cada muerto francés levantaron los vencedores a manera de estelas funerarias. Volvieron los de uno y otro valle a causarse todo el daño que podían, de manera que los ganados quedaron en los montes sin quien les acompañase y los destruían los lobos y los osos; por estas causas y motivos determinaron los roncaleses destruir y exterminar todo el valle de Baretons, para acabar de una vez.

Salió ya la expedición para efectuarlo, cuando les salió al encuentro cierto rector de Aramitz y entabló con suave modo conversación con Sancho Ros y Juan Andrés, capitanes de los roncaleses, y pudo negociar con ellos el que depusiesen de su empeño, prometiéndoles que concurriría, los abades del val de Roncal y los de Baretons, se habían de concertar las diferencias.

Condescendieron los roncaleses y en virtud de la propuesta, concurrieron en la muga de San Martín, los abades y rectores, con sus procuradores, síndicos y escribanos, para que pudiera hacer presente sus derechos y razones, y no obstante que permanecieron tres días no pudieron convenir, ni establecer paz. Los principales sujetos de la villa de Ansó, del reino de Aragón, como vecinos de ambos litigantes valles, sabedores de la concurrencia de los dos príncipes soberanos, así como los cuatro Obispos y finalmente la de los abades y rectores, que no habían podido establecer la paz, movidos de compasión, se introdujeron a querer ser jueces, componer las diligencias y diferencias de uno y otro valle, cuya propuesta fué admitida por ambos valles, y en su virtud procedieron los de Ansó, de modo que ninguno de los dos valles pudiera continuar la guerra, porque desde luego les impusieron la obligación juramentada de treguas de paz, hasta que se terminase la sentencia, en cuya propuesta habiendo convenido los dos valles, resolvieron establecer el tribunal.

Primeramente los ansotanos obtuvieron licencia de su rey Pedro IV de Aragón, para constituirse en jueces para el ajuste de dichas diferencias, lo segundo fué que cada uno de los litigantes valles obtuviesen de sus respectivos soberanos pleno conoci-

miento a sujetarse a lo que sentenciase el dicho establecido tribunal, a efecto de que ninguno de los dos valles pudiera alegar razones que frustrasen la resolución.

Tribunal de Ansó:—Se estableció el tribunal, siendo los Jueces árbitros: D. Sancho García, alcalde, Iñigo Jimenez, Bello Aznarez, Jimeno Robert, Juan López, Sanchi Jimenez. Estos seis nombrados jueces, antes de abrir el juicio, buscaron otro árbitro memorable para descubrir la firmeza con que se comprometían los dos valles, y fué señalar la pena de 3.000 marcos de plata, que se habían de repartir entre el rey de Navarra, conde de Fox, jueces árbitros y la parte que admitiese la sentencia y que fuesen dados por traidores los rebeldes a ella, y dicha pena y condiciones, habiéndolas oído y entendido los apoderados de los valles, convinieron en ello, juraron y firmaron ese pacto el 12 de Agosto de 1575, constituyéndose la villa de Ansó, de fianza de esta pena y en su nombre Lope de Aznar, cuyo poder se otorgó el 12 de Julio de 1375 ante Sancho Aznárez.

Los apoderados del valle del Rocal fueron: Aznar López para la villa de Ustarroz, Dito Lurbés, Blasco Narvaéz y Sancho Iñigo de Isaba; Sancho Sáez, Dito Mendigacha, Blasco Iñiguez, Dito Barricata, de Roncal; Sancho Sáez de Urzainqui; notario de Garde; Galle Saenz de Vidangoz; Don Lope Saenz de Burgi; Peribañez, jurados, Cñe, Salvador.

Los apoderados del valle de Baretons fueron:

Sunariz, Dirabena, Guillermán de la Sola, de Aramitz, El Guillén, Arteda, Monte Damer, Artés de la casa mayor de Lana, procuradores de toda la tierra de Baretons.

Habla el Defensor del Valle del Roncal.—D. Martín Jiménez empezó diciendo: «¡Oh magníficos jueces que esperais la relación y demanda que tengo que presentar de parte del Valle del Roncal y la mucha justicia que le asiste, por haber sido sus naturales perseguidos y ofendidos de los del Valle del Baretons, con muertes y crueldades que han ejecutado sin ninguna piedad ni temor de Dios! El principio y causa de esta guerra ha sido de lo primero por no cumplir con la obligación de no entregar las tres vacas, por el feudo establecido el año de 2192 del Diluvio Universal (124 años antes de Jesucristo), por los terribilísimos daños que hicieron convoyando gente para ello, pues robaron y quemaron todas las casas del Valle del Roncal, matando a mucha gente. Lo segundo porque en el presente han ocasionado muchos daños y muertes sin examinar primero a fondo la causa y motivo del por qué Pedro Carrica tuvo en lo alto del Puerto la riña con Pierre de Sansoler, pues fué por querer dicho Sansoler dar primero agua a sus ganados, estando la fuente en término de Navarra, y no en el de Francia; fué provocado el dicho Pedro Carrica y su defensa fué justa, porque defendieron el derecho de propiedad, que le corresponde al Valle del Roncal en dicha fuente.

Lo tercero: Porque fué cruelísima determinación la del Valle de Baretons, dar comisión a Anginar Sansoler, para que tomando gente armada, pasase a tomar satisfacción de la referida muerte de Sansoler, pero como yendo a buscar a la inocente mujer, que estaba trabajando en su heredad y matándola con increíble crueldad, sin atender a su estado de embarazo, pero como no contentándose con haberla muerto, abriéronle después el vientre, sacándole la criatura y haciendo cordel con los intestinos de su madre, le colgaron en la rama de un árbol.

Este cruelísimo procedimiento del Valle de Baretons, tiene horrorizada a toda la

gente, sin que ninguno halle razón para darlo por bien hecho, pues los mismos que han querido interesar en favorecerlos, cual han sido sus esclarecidos Primados de Bearne, los ilustrísimos Obispos de Olorón y Bayona y los rectores del mismo valle especialmente el Dto. Mⁿ. Pierre de Abadie del lugar de Aramitz, con otros no han hallado medio para disculpar tal procedimiento, pues aunque han querido fundar sus alegatos en que primero mató Pedro Carrica al otro Pierre de Sansoler, se les ha respondido y hecho que aquella muerte sucedió sobre riña de competencia entre los dos, por dar agua a los ganados y que sucedió por el golpe de un garrotazo que acaso recayó sobre el otro Pierre de Sansoler, sin determinado ánimo de matarlo Pedro Carrica, y que, en suma, fué riña de pastores cegados y arrebatados de cólera, lo que no así lo que hizo Anginar Sansoler en la inocente mujer de Carrica y su criatura, pues fué acción inhumana de caso pensado y de comisión dada por los alcaldes del Valle de Baretons, determinación igualmente arrebatada sin averiguar el motivo y sin dar parte a la justicia del Valle del Roncal, para que asegurase a Pedro Carrica. Además de esto es cosa notoria a todos, que la fuente de la contienda está en el término del Valle del Reino de Navarra y no en el de Baretons y es cosa fuerte que el forastero quiera alegar derecho en casa ajena”.

Habla el defensor del Valle de Baretons: Concluyó de hablar el defensor del valle del Roncal y se levantó a hacerlo el del valle de Baretons.

«Amados y magníficos jueces: ya han oído la injusta demanda del valle del Roncal y no tienen razón en lo que ha dicho contra los del valle de Baretons, porque considerando bien el punto que alega por el tributo de dar tres vacas queriendo dar fundamento a los daños, robos, incendios y muertes que hicieron los cimbrios de Alemania, suponiendo que fueran causados por la sugestión y por los habitantes del valle de Baretons, se puede reconocer en disposición voluntaria, en atención a ser alegato que quiere presuponer, con la antigüedad de casi mil quinientos años; pero dando el caso de que entonces se les hubiese hecho los daños y agravios que han relacionado, también es cierto hallarnos informados por algunas historias, que a los cimbrios y a los que fueron con ellos, naturales de nuestro valle, les vencieron en batalla en la Celtiberia de España, que les despojaron de cuanto habían quitado en el Roncal y en otras partes; lo uno esto y lo otro por hallarnos informados por la tradición, que otro tributo se fundó, porque pudiésemos gozar los del valle de Baretons de las aguas de la fuente donde sucedió la muerte del referido Sansoler, cuyo padre habiendo informado a los alcaldes y jurados del valle que había sido porque no se pagaba el tributo de las tres vacas, no es ajeno de justo sentimiento, el que por dicho motivo se adjudicase Pedro Carrica la autoridad de matar a Sansoler, lo uno esto y lo otro porque la comisión que dieron los jurados del valle de Baretons al expresado Anginar Sansoler, no fué para que ejecutase la muerte de la mujer de Carrica, sino que fuese en la persona del mismo Carrica, pero sobre todo es digno de ponderarse, el que después pasasen los roncaleses al lugar de Areta y entraran rompiendo las puertas de la casa de Anginar, y matando, además del referido Anginar, a los demás que estaban en el convite, gente inocente por no haber hecho ninguna ofensa a los del valle del Roncal y últimamente considerarse que por las otras muertes que han hecho los Roncaleses a los Baretoneses, se hallan muchas mujeres viudas y huérfanas muchas criaturas, por lo que deben de ser condenados los del valle del Roncal, en los daños y perjuicios que han seguido».

Resumen de la sentencia que dictó el Tribunal de Anso, cuyo original y copia pueden verse en los Archivos del Valle del Roncal y en el Municipal de Isabel en el Libro "Hernaz".— En atención a lo que había alegado y representado los dos Valles pronunciaron la siguiente sentencia:

«Atento a los años de antigüedad con que el valle de Baretons ha pagado el tributo de las tres vacas al Valle del Roncal, que se determina que cumpla en adelante, perpetuamente, sin buscar pretexto ni excusa alguna, el día trece de cada año: Y así mismo declaramos que el pedazo de puerto donde está la fuente, que corresponde al Valle del Roncal, y no al de Baretons, advirtiendo al mismo, que estos nunca pudieron alegar derecho a la referida fuente; y en cuanto a las muertes que se han hecho durante la guerra queden las unas por las otras: Y que esta sentencia se admita sin recurso, pena tres mil marcos de plata fina, expresados en juramento compromiso. Ytem declaramos dichos jueces árbitros, que la entrega de las tres vacas se haga todos los años en el puerto de Hernaz y muga de San Martín y aquel día tuviese audiencia el alcalde Isaba y jurados del Valle de Baretons, para conocer de los casos ocurridos en el ingreso del año, con otras providencias que insertaron en el pacto del compromiso: siendo una de ellas, haber ido en persona los jueces árbitros al dicho puerto de Hernaz y muga de San Martín, donde se mandaron fijar los mojones, donde se había de celebrar la entrega de las tres vacas. Sentencióse este pleito en la Villa de Ansó y contigua torre a trece de octubre del año 1375, en presencia de Aznárez, notario».

Ceremonia de Hernaz en tiempos antiguos.— Preséntanse los alcaldes de Isaba como Presidente, Roncal, Uztarroz, Urzainqui y Garde, marchando al lado del alcalde de Isaba, el alguacil con bandera encarnada, que al llegar a la frontera la clava en territorio francés, como apercibimiento de guerra. Acompañan a los roncaleses hombres armados de escopetas que desde que salen de Isaba no dejan de hacer disparos por el camino de Hernaz. En cambio los alcaldes franceses vienen desarmados y con bandera blanca en señal de paz.

Una vez en la frontera, antes de dirigirse las palabras para darse la bienvenida, el alcalde de Isaba dirige la palabra a los baretoneses, preguntándoles si están conformes en continuar la paz y jurar sus antiguas condiciones. Los franceses contestan que sí, y a continuación el de Isaba dice al francés que coloque su lanza en dirección a la frontera. La coloca el francés y los guardas roncaleses disparan sus armas hacia Francia.

El alcalde de Isaba o su alguacil, clava su lanza en terreno francés unos diez centímetros y la vuelve revolviendo la tierra y cruzando la frontera francesa; de modo que forme una cruz quedando encima la roncalesa.

En la cruz formada pone su mano derecha un francés, encima de ella un roncalés, y así sucesivamente hasta ponerla todos los alcaldes, y todos con la rodilla hincada en tierra dicen tres veces: "PAX-AVANT".

En esta actitud juran por la cruz y los santos evangelios el cumplir la sentencia arbitral dictada en 1375. Terminada esta ceremonia se presentan por la parte del Bearn tres baretoneses con tres vacas de dos años, sanas y fuertes, que son puestas de una en una en la línea de la frontera, pero de forma que las dos primeras patas queden en terreno de Isaba y las otras dos en terreno de Francia. En esta posición las reconoce un veterinario nombrado por el alcalde de Isaba, hasta el momento de la entrega de las vacas. Terminada la entrega, vuelven a separarse, comiendo en unión los

alcaldes y los franceses que son invitados por el Sr. Presidente, así como numerosas personas de la nación vecina que acuden al acto. Para la hora de la comida ya se tiene un sitio señalado, y hay que hacer constar, que en el del representante de Isaba, para cuando éste llega, ya tienen preparada la leña y el agua, así como un individuo francés en calidad de ayudante. Al terminar la entrega de las vacas, el alcalde de Isaba por medio de un pregonero publica audiencia por la autoridad roncalesa para que el que tuviera que pedir justicia la pida, y se administre sin apelación de ningún tribunal. Allí se salvan todas las cuentas, se zanja todas las cuestiones ocurridas durante el año, sobre prendimientos de ganados y por último se nombran y juramentan los guardas roncaleses y baretoneses que han de mantener la vigilancia; y al jurar, aplican los dedos índice y corazón a la parte superior de la vara del alcalde, pues en la empuñadura lleva el signo de la cruz por el cual juran.

Pásase el día en la mayor expansión y alegría, y cuando ya el sol, próximo a ocultarse, tiñe de tintas rosadas aquellos excelsos montes, despidense con fraternal afecto los habitantes de una y otra vertiente y se retiran a sus respectivos pueblos, turbando el silencio de la selva con sus tradicionales cantos.

En la despedida repítense los gritos y vivas a España y Francia y de «pax-avant» (paz de hoy en adelante), y a la llegada al pueblo se procede al reparto de las vacas, que son todos los años dos para la villa de Isaba y la tercera se reparte cada año entre Uztarroz, Urzainqui y Garde, pero de modo que Uztarroz alterne todos los años con las otras dos últimas villas, teniendo el mismo derecho que ambas juntas. Esta ceremonia comienza a las diez de la mañana y en el resto del día hay libre tránsito de mercancías de uno a otro valle, de modo que ese día no hay fronteras, ni zonas fiscales, ni nada que divida a las dos naciones.

Pago de tributo.—Hasta ahora se venía pagando el tributo con la mayor regularidad, salvo algunos incidentes ocurridos en diferentes ocasiones. El primero en 1612, por haber sido rechazada una de las vacas por no reunir las condiciones que exigían los roncaleses, negándose los de Baretons a entregar otras vacas y dudando de la autenticidad de la sentencia dictada en Ansó. Después pidieron los baretoneses, que en vez de pagar las vacas se pagase en metálico, lo cual no consintieron los roncaleses; el segundo el año 1613 y el 1614 en que negáronse a entregar las vacas, pero los roncaleses les obligaron a pagar todas juntas en el año 1615; al celebrarse el tratado de límites entre España y Francia hicieron los baretoneses multitud de tentativas y esfuerzos para que desapareciese el tributo, no consiguiendo sino que en dicho tratado en su capítulo XIII y sus anejos se diera fuerza y vigor a la sentencia de 1615. Prueba de la importancia de este acto, es el hallarse en el respaldo de las sillas del coro de la iglesia de Isaba, un bajo relieve en el que algún ingenioso tallista representó la ceremonia de Hernaz.

Conviene advertir que el antiguo tributo consistía en el pago de tres caballos con las patas blancas y otros requisitos; pero inmediato al año que se sucedió la invasión cimbria y sin sabor cómo ni por qué se cambió por el de las vacas.

Quizá tenga alguna relación este tributo con el escudo del bearne que representa una vaca y la inscripción ¡Viva la vaca! (1)

(1) Notas tomadas de libro "Erronkari" por Bernardo Estornés Lasa.—Zaragoza 1924.



El teniente alcalde de Isaba y las vacas: de estas 7 se tomaron las 3 del tributo



El sitio del almuerzo, con el fuego hecho por los franceses



Building of the University

View of the city from the University



Students of the University

EL TRIBUTO TAL COMO LO VIERON EN 13 DE JULIO DE 1930, TREINTA EXPEDICIONARIOS DEL «EUKOTARRA» DE PAMPLONA

Cuando a las cuatro de la tarde del pasado 12 de Julio, en lo más álgido de nuestras populares fiestas, íbamos por diferentes calles convergiendo ante nuestro domicilio social, bien equipados, la treintena de «euzkotarras» que se habían dispuesto dejarlas a trueque de presenciar el tributo en el subyugante Roncal; algunos de nuestros convecinos envueltos en el maremagnum de ellas, tenían, al pasar confundidos con las ruidosas cuadrillas, para los que nos hallábamos colocados en el autobús, irónicas risas y hasta algunos dichos despectivos: «¡Qué ocurrencia!, sólo a ellos se les ocurre el olvidar las fiestas por trotar por los montes. No están todos los que son...»

No sirvieron de desánimo estos pareceres, para cuyos mantenedores, hubiésemos deseado un hueco en nuestro coche que los hubiera llevado a pasar dos días tan llenos de la emoción que a nosotros nos embargó y para el regreso contar ya seguramente con unos fervientes admiradores más de nuestras bellezas naturales y de la historia de la Patria.

Alegre como todas resultó nuestra partida. Noain, Elo, Elo-gaitzaga se sucedieron con rapidez. Idocin con el recuerdo del famoso Espoz y Mina, cuya casa-torre vemos raudos al pasar Liédena, Yesa, resguardada por la histórica Sierra de Leyre, cuyo Cenobio—no menos histórico—, se adivina recostado en ella y adornado con su bravío fondo de tupida selva de encinas y a la mano derecha del eje de nuestra marcha su puente de romano estilo, en el fondo del barranco que sostiene la carretera, en donde según la historia, en la retirada de las tropas de Adherraman I de Córdoba, después del combate con los navarros en el Pirineo y seguido de éstos, perdió dicho rey a manos de una roncalesa su cabeza, lo cual sirvió para que el escudo del valle se formase con un puente y una cabeza cortada.

Más a la derecha todavía, en la dirección del puente descrito, vemos alzarse solemne y bendito, besado por el sol que cae, el santo castillo de los Jasos y Azpilicuetas; la casa solariega del incommensurable apóstol, insaciable ladrón de almas para Dios. San Francisco-Javier.

¡Javier, Javier! A pesar de ser de tu raza, al pensar lo poco que somos comparados contigo, bajamos la vista anonadados en este momento emotivo y al pasar, desgranamos una oración que al llegar a tí sea portadora de lo que en ella te pedimos. Clemencia para tu secular Reino y paz para sus hijos.

Las fuertes emanaciones químicas que nos llegan, nos hacen comprender el paso por las termas famosas de la villa aragonesa.

¡Tiernas! Pronto verás desaparecer tus baños famosos bajo la incalculable masa de agua que el genio del hombre hace contener en los campos para beneficio y progreso de la humanidad.

Ahora es la venta de Carrica, la que hace virar enérgicamente nuestro automóvil, para enseguida dar vista a Salvatierra y después antes de Burgui, elevamos la vista

para ver con espanto en el monte colocada como un presente, sobre una pared de unos trescientos metros cortada a pico, a la adorada Virgen de la Peña.

Enseguida columbramos Burgui y sin darnos cuenta pasamos por la patria del eximio Gayarre para el momento abordar Isaba.

Media hora de parada en ésta, la más pulcra y grande de las villas de Roncal, para que algunos se acabasen de aprovisionar y emprendimos nuevamente la marcha con el coche hasta la venta de Arrako, que es hasta donde en la actualidad llega la carretera en construcción por la Diputación de Navarra, de Isaba (España) a Santa Engracia de Udate (Francia).

Ya en la venta famosa, con su ermitorio enfrente, construcciones ambas de pura arquitectura roncalesa, nos dispusimos a pernoctar.

Sobre una roblidea mesa humea una cazuela descomunal. El «cazurro» y «roisco» Juan Gorri, dueño de la venta, reparte tantas artísticas y labradas cucharas de boj como bocas ha contado. ¡Ni que hubiera empezado la guerra civil! "exclama", ¿Por qué?, inquirimos. «Porque pareceis un escuadrón de Carlos-chapas». «Nunca — agrega — albergué tanta gente en mi casa» Y tenía razón. No menos de 75 «arlotos» estaríamos para las buenas seis camas que la venta disponía; y se explica, pues aquí pernocta la comitiva oficial que de víspera llega a este lugar.

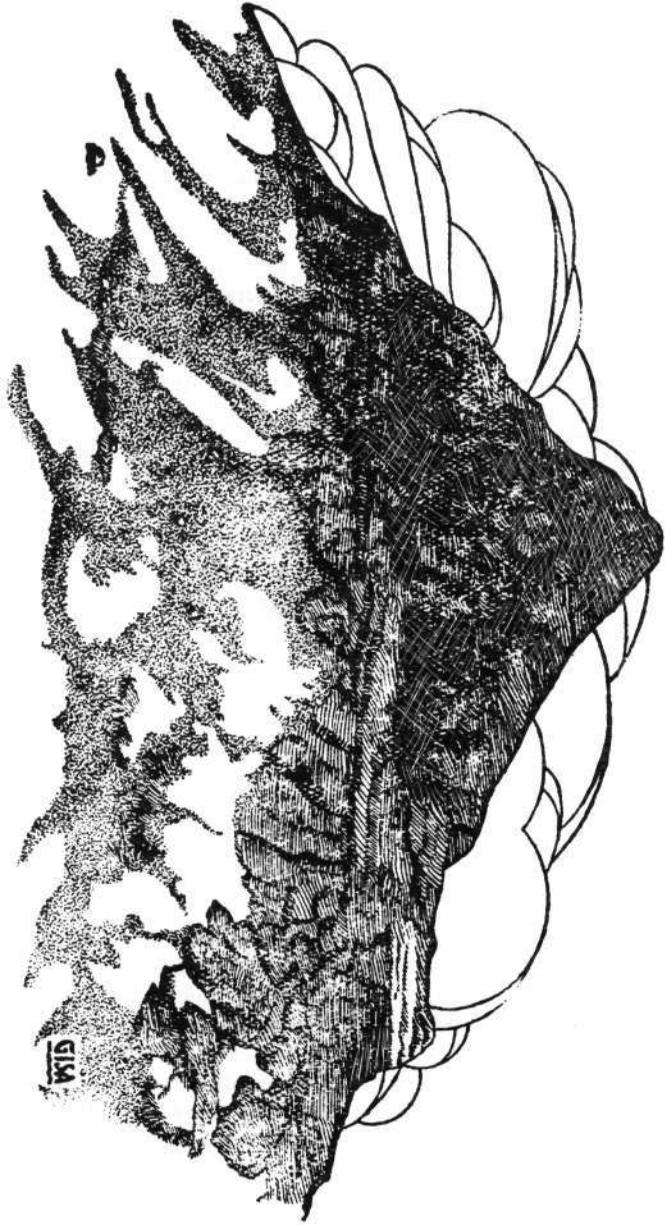
Mientras con más o menos extraños, dábamos fin a la clásica sopa pirenaica, de buenos y adoquinados panes y sus agregados de setas finísimas y hierbas de menta, el buen «gizon» que hacía de «etxekoandre», dejó preparado nuestro regio dormitorio. Unas mantas y abundante heno recibieron nuestros pecadores cuerpos hasta las tres de la mañana, en que la eskila de la vecina ermita nos llamaba a presenciar el cruento sacrificio.

¡Qué bello amanecer! Al levantarnos, desde la claraboya que agujereaba el puntigudo y muy roncalés tejado de nuestro «Hotel», pudimos extasiarnos en la contemplación de un espectáculo hasta entonces desconocido para nosotros. El incomparable valle de Belagoa semejava en aquella hora de plácidas quietudes y luces extrañas un trozo de paisaje bíblico. La plateada luz de la luna, luchando con la primera claridad del día que ya quería enseñorearse de su herencia, tenía, en esa debilidad de envió, reflejos distintos y más fúlgidos que otras veces. Las estrellas; altas, muy allá con una deslumbradora fuerza de incandescencia metálica, nos hacían guiños al tililar camino de su desaparición en el sideral espacio. El rumor eterno del río dejaba oír su atormentada canción, mejor percibida a estas horas.

Comenzamos a ascender desde la misma puerta de la venta por una rampa fuerte y sumamente verde para al poco dejar a la izquierda del camino la casa-borda de Arbea. Ahora es cuando ya elevados suficientemente sobre el valle nos damos perfecta cuenta de lo incomparable de este lugar pirenaico. Además del encanto y colorido propio que le presta el fuerte esmalte verde de su finísima hierba, humedecida por el sin fin de canalillos de agua que en todas direcciones lo surcan, sus bordas semejan casitas de nacimiento de agudos tejados de chapitas de madera, en sustitución de la teja ciudadana.

Seguimos subiendo y ahora coronamos una arista que sirve de divisoria al río Belagoa de su afluente el Artaparreta, para poco después salir de la cuenca del citado río. A las dos horas de marcha estamos en el portillo de Erraycéc; poco antes, hemos de admirar a la izquierda de nuestra marcha y a un desnivel de 500 metros de nuestro camino, un buen trozo de terreno de la poética región francesa de Zubero. Nuestro itine-

ANĖLĀRE



rario sigue la línea fronteriza; se dejan las mugas 259 y 260 y ahora es cuando reparamos nuestros estómagos con un ligero «otámen» para seguidamente penetrar en terrenos de «Larra» (así lo llaman los naturales a este trozo del Pirineo por demás salvaje y peligroso). Atravesamos un barranco bajando y subiendo sus laderas y ya quedamos en el mismo puerto de Arlés, cuando nos damos cuenta de que los franceses, más madrugadores que nosotros, y sus vacas, las que por su bravura no les habrá costado poco subirlas, están viéndonos cómo apechugamos con la última rampa.

Saludos afectuosos de unos y otros. Los alcaldes se reúnen y saludan preparando los detalles de la ceremonia, mientras nosotros, con curiosidad entremezclado de veneración, corremos a ver la piedra límite de las dos naciones y testigo del pacto.

Esta sobresale del suelo como unos 80 centímetros, de forma rectangular y sencillamente tallada, con la siguiente inscripción en la cara que mira a España

†

262

PIEDRA

S. MARTIN

1858

y en la orientada a la República esta otra:

†

PEYRE

262

St. MAR-

TIN

1858

En uno de los costados se lee: P. Esteban; y en el otro Bn. Hulot, nombres que corresponden a los ingenieros que debilitaron en 1858 esta zona. Esta piedra sustituye a la antigua que antes existía de 3 metros de alto y sirve de muga 262.

Son las nueve y media y la ceremonia va a comenzar. Seguido de todos, el Presidente se dirige a la piedra. En una fila los alcaldes roncaleses, muy típicos con sus señoriales y enlutados trajes del país, dan la nota de color, no disonando de la severidad de su vestimenta y del acto, con sus rostros serios y nobles.

Entretanto, enfrente, en terreno francés, los regidores baretoneses, menos típicos pero no menos serios, esperan las primeras palabras del Presidente.

Este que tiene que ser siempre el alcalde de Isaba, en esta ocasión D. Dositeo Ochoa, con arreglo al protocolo de la ceremonia se encaró a los baretoneses y por tres veces seguidas les dijo: «Baretoneses»: ¿venís dispuestos como otros años a pagar el tributo de las tres vacas?, "siendo contestado cada vez con un "sí" de los baretoneses".

Seguidamente uno de los baretoneses colocó su mano derecha; después lo hizo un roncalés; acto seguido montó la suya sobre las anteriores un baretonés y así se sucedieron las de los siete alcaldes quedando sobre todas en señal de superioridad la del Presidente. En esta disposición, éste con potente voz pronunció —en señal de persistir los valles en continua paz—, también por tres veces consecutivas "Paix en Avant" (paz

de hoy en adelante), siendo respondido por todos los alcaldes baretoneses con las mismas palabras cada vez.

Los diligentes pastores tenían ya, donde se hallaban los alcaldes, las siete vacas que el ganadero Cassaus de Lanne por encargo de los concejos de Ysor, Aramitz, Lana y Areta, con gran trabajo ha hecho subir hasta el puerto. El Presidente ordenó al veterinario las reconociese y dándolas todas por buenas el Sr. Presidente eligió tres, de las que dos correspondieron a Isaba y la tercera a Garde. por este año, en turno con Urzainqui y Ustarroz. Después y con toda solemnidad se verificó la parte más importante de la ceremonia. El Tribunal para juzgar toda diferencia que hubiere ocurrido los dos valles durante el año y sobre asuntos como prendimientos de ganados, por estar pastando en terrenos prohibidos, y demás diferencias pastoriles.

La áspera voz del alguacil, a una previa señal del Presidente y escuchado con gran atención, sobre todo por el elemento pastoril que allí se encontraba, comunicó, con abundantes redundancias gramaticales en su oración, lo siguiente: «De parte del Sr. Presidente que si alguno tiene que alegar alguna cosa que dé un paso al frente».

Hubo de repetir las otras dos veces consabidas, no obteniendo, a ninguna de ellas, ni el movimiento en los labios de los pastores, únicos aludidos.

Emocionante resultó este momento. Los pastores convencidos de que los jueces no habrían de emplear su criterio y sentencia, sin embargo asistieron con expectación a este instante, por quedarles la suposición de que alguno de sus colegas tendría que presentar alguna queja. No sucedió así y nosotros, aunque no del gremio, no dejamos de sentir (en toda la exclusiva fuerza de un Tribunal actuando en el gigante Pirene, a semejanza de nuestros antiquísimos consejos de ancianos), la importancia del llamamiento y la curiosidad y deseo de que el repetido Tribunal entrase en funciones.

Como último detalle de la ceremonia, se procedió—igual que antes, ante la piedra—, por los representantes de ambos valles, al nombramiento para el año que empieza, de los guardas para la custodia de los puertos faceros de Arlás y Leja en el collado del último nombre.

Puestas las manos sobre la cruz por la cual juran—, que la vara del Presidente tiene en su empuñadura, les fué tomado juramento por el mencionado Presidente, previa la repetición de tres veces de la fórmula. «¿Jurais cumplir bien y justicieramente el cargo que se os ha concedido?». a lo que respondieron afirmativamente. De esta forma, y hasta el día en que el año próximo los veremos relevarlos de sus cargos, quedaron nombrados los cuatro guardas, dos por cada valle.

Terminada la ceremonia descendimos al barranco que se halla inmediato al lugar donde se encuentra la piedra y hacia el lado del camino de Isaba, en donde los franceses tenían preparado el fuego, ya que según costumbre ellos son los que tienen la obligación de encenderlo, además de facilitar un individuo, que durante la comida haga de asistente del Sr. Presidente.

Este lugar no es muy bueno ni amplio, pero sí el mejor y resguardado, que en aquel caos de piedras desordenadas y movedizas se puede encontrar. Mas orillando dificultades los naturales de uno y otro valle se las arreglaron para convertirlo en una más o menos confortable cocina.

Abundantes horquillas, que de los árboles habían sido cortadas, servían, enhiestas, para soportar las varetas también de árbol, que atravesaban rollizas y olorosas piernas del inmejorable ganado del país.

No creo que exista vermouth que anticipe y aumente (si es que el vermouth aumenta), las ganas de comer, como aquel tufillo aderezado de humo, que nuestros olfatos percibían. Mientras tanto los franceses se afanaban preparando con un «bouquet» especial el café que habían de repartir a los presentes.

También existe esta costumbre; los franceses por su parte reparten el café al mismo tiempo que los roncaleses cargan con el gasto íntegro de toda la comida incluyendo el vino, que corrió abundante, y los licores.

Agregamos por si fuera poco, lo divertido que resultaba ver un grueso número de pastores, ajenos a la algazara, y aprovechando que en este día no existen fronteras entre las dos naciones, haciendo libre cambio de mercancías y discutiendo sus equivalencias. Abarcas, vino, aguardiente de parte de los peninsulares. Hachas, chisqueros y otros objetos de ferretería de parte de los republicanos, cuando no es dinero.

A una con el sol que declinaba, el movimiento de gentes se hizo general. Después de un exceso de saludos y el continuo «Pazabant» que los labios franceses mascullaban, nuestros cuerpos viraron en redondo dirigiendo por el camino nuestra ruta al sur. Inversamente, dándonos la espalda, los baretoneses arrumbaron rectamente al norte para volver unos y otros sus cabezas y lanzar una vez más «ujujús» e «irrintzis» de saludo que se fueron perdiendo en nuestras bellas, aunque duras montañas.

G. DE LECUMBERRI.

(Kaispar).

Pamplona y Agosto de 1930.

